

El origen de la tristeza

Pablo Ramos

El origen de la tristeza

Pablo Ramos

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

*A mi padre, ahora que la razón no importa
A Liliana, de más está cualquier palabra excepto «gracias»*

*¿Cómo describir mi llanto... mi odio... la desesperación
de haber perdido el paraíso?*

Roberto Arlt

*Y descubriste que crecías como tus padres. Que papá no
era Dios, ni siquiera un buen vendedor, sino un hombre
tembloroso y aterrado en medio de una pesadilla.*

J. P. Donleavy

El regalo

Como todos los domingos, el bar del Uruguayo estaba lleno. Me acerqué a Rolando que, más que sentado, parecía derrumbado sobre la barra. Me subí a una de las banquetas y lo sacudí un poco.

—Está nocaút, pibe —me dijo el Uruguayo, repasó una copa con un trapo mugriento, la miró a trasluz, la volvió a repasar y la enganchó en los viejos rieles de madera que colgaban del techo, boca abajo, como si fuera un murciélago.

—Rolando —dije—, ¿te olvidaste de lo de mi vieja?

El Uruguayo se agachó hasta desaparecer por completo debajo del mostrador, reapareció con el trapo empapado y se lo apretó a mi amigo contra la nuca.

—Che, bella durmiente —le dijo—, te habla el pibe del Negro, el Gavilán te habla, che. ¿No era que hoy tenías que darle una clase?

—Lécson námber guán —dijo Rolando como si se hubiera despedido de repente; se incorporó, levantó una mano apuntando al techo y volvió a caerse.

—Mejor venite a la noche —me dijo el Uruguayo—, éste tiene para unas horas de meditación.

—Lo que pasa es que tenemos hasta el domingo nada más —dije, hablando más para mí que contestándole al Uruguayo; me volví hacia mi amigo e insistí—. Por qué no te tomás un café, Rolando —a la vez que le daba un montón de sacudones cortitos.

Mi amigo movió la cabeza diciéndome claramente que sí. Eso

Pablo Ramos

me alentó: todavía había esperanzas. El Uruguayo sirvió un café doble y lo puso frente a mí. Lograr que Rolando se lo tomara fue un problema aparte, porque el café estaba muy caliente y porque él ni siquiera podía mantener la cabeza en su lugar. Parecía uno de esos perritos con cuello de resorte que se pegan al tablero de los colectivos. Traté de sostenerlo mientras el Uruguayo —que había dado la vuelta al mostrador— hacía lo que podía para llevarle la taza a la boca. Hasta que Rolando hizo un movimiento repentino y derramó café sobre el piso y sobre la chaqueta de mozo del Uruguayo. Entonces el Uruguayo se calentó: agarró a Rolando de los cachetes, se los apretó hasta hacerle despegar los labios, lo obligó a echar la cabeza hacia atrás y le mandó una dosis de café como para cocinarle las tripas. Rolando lanzó un alarido, se enderezó y, sosteniéndose de la banqueta de al lado, se puso a gritar: «¡Yo tengo libros!». Gritó cuatro veces lo mismo, que tenía libros, y el Uruguayo le dijo que lo único que tenía era un pedo tísico.

El griterío contagió a algunos de los borrachos y el bar —que era un lugar más bien tranquilo— se agitó. Dos cuidadores amigos de Rolando aseguraron indignados que de verdad él tenía libros y que debían tratarlo con más respeto. En una de las mesas hubo un revoleo de dados seguido de unos manoteos, y mientras alguien recitaba la formación de Argentina en el mundial de Inglaterra, un largo zapucái llegó desde la letrina justo a tiempo para tapar el «Uruguayo botón» que otro decía por lo bajo. Hasta que un pelirrojo grandote al que llamábamos la Garza aseguró que la Provincia Oriental del Uruguay había sido siempre argentina y que debían devolverla.

—¡A ver si se calman un poquito porque si no llamo a la taquería!

—gritó el Uruguayo, y golpeó varias veces el mostrador con el culo de una botella—. Te das cuenta, pibe —me dijo—, uno se embrutece entre estos monos.

—¿Cuántas se tomó? —le pregunté, porque lo único que a mí me importaba era Rolando.

—Acá solamente dos —me contestó, y golpeó un poco más, aunque ya no era necesario porque las cosas se habían calmado; siempre se calmaban los ánimos cuando se nombraba la taquería.

—Espero que no siga —dije, y me sentí más deprimido que nunca en la vida.

—Por más que quiera, por hoy quedate tranquilo. A menos que alguien lo invite. Yo no puedo andar fiando vicio, vos sabés, no alcanza ni para la leche de los pibes.

Salí del bar y empecé a caminar hacia mi casa. Eran casi las seis de la tarde. Tenía ganas de llorar: de esa manera me iba a ser imposible hacerme de la plata para el regalo. El domingo era el cumpleaños de mamá y yo no pensaba resignarme a la plantita con el moño rojo que todos los años nos preparaba la abuela. Iba a ser un cumpleaños muy especial para nosotros, porque mamá estaba embarazada. Yo quería comprarle un colgante con aros de plata india que había visto en la feria de las pulgas pero, como costaban casi treinta pesos, el único que podía ayudarme era mi amigo Rolando.

Hice una cuadra y me quedé en la placita que está a la entrada de la villa Corina, frente al paredón lateral del cementerio. Encontré una Pulpo reventada, la acomodé como para pegarle del lado sano y probé a ver si la podía pasar por el medio de una goma de camión

Pablo Ramos

que colgaba de un travesaño de hierro. De diez metí cuatro, y de diez más metí seis. Agarré la pelota y me senté en la única hamaca que estaba sana.

Una borrachera se la podía agarrar cualquiera y eso no quería decir nada. Además, seguro que Rolando me quería ayudar. Él mismo había venido a proponérmelo cuando me vio por la feria preguntando por esas chucherías de mujer. Era muy reservado con su trabajo y no le habría propuesto algo así a cualquiera. Pero a mí siempre me trataba distinto que al resto de los pibes y más de una vez me dijo, muy en serio, que me consideraba su amigo.

Rolando tenía unos cincuenta años y llevaba más de treinta viviendo en las bóvedas del cementerio de Avellaneda. Por eso casi todo el mundo se lo tomaba en joda. Y más cuando estaba borracho. En cambio yo pensaba que cada cual podía vivir donde se le diera la gana. Nosotros, por ejemplo, vivíamos entre los vivos y eso no quería decir que la pasáramos mejor. Era cuidador del cementerio y en su oficio había que lustrar bronce, arreglar tumbas, limpiar los huesos de los que iban a pasar de tierra a nicho y juntar del crematorio lo que podía quedar de un finado para ponerlo en una bolsita y entregárselo a los parientes. También había que saber atraer nueva clientela y en eso, decía Rolando, consistía el verdadero arte. El trabajo de cuidador le daba a Rolando, en épocas de racha, lo suficiente para vivir bien. Y siempre le sobraba tiempo, que él pasaba en lo del Uruguayo. Yo iba a visitarlo seguido al bar, donde me contaba las cosas misteriosas que habían pasado en el cementerio. Cosas que no pueden ver los que viven en otro lugar. Las contaba con respeto, porque siempre trataba de entender a las personas, hicieran lo que

hicieran. Como la vez que vio a un tipo cogiéndose a la novia. En plena madrugada y adentro del cementerio. Dicho así parece algo más o menos común; lo espantoso era que la novia del tipo estaba muerta y la habían enterrado ese mismo día. Los cuidadores lo pescaron y lo hubieran linchado de no ser por Rolando que les salió al cruce. No porque le pareciera bien lo que el tipo estaba haciendo, sino porque se dio cuenta de que se había vuelto loco. Esas cosas lo convertían, para mí, en una persona especial.

Rolando tenía el pelo negro peinado a la gomina y era bastante petiso. Se vestía con un saco azul y unos pantalones que le quedaban demasiado cortos, según él para evitar embarrarlos en las tumbas nuevas. Hablaba despacio, como una persona importante: un prócer o un profesor, y cuando se ponía a cantar, aunque desafinaba, tenía una voz de tenor que rajaba la tierra. No era un loco mentiroso y, mucho menos, un tipo deprimente, como decía mi hermano Alejandro. Era una persona divertida y muy educada, sólo que daba la sensación de vivir en otro tiempo.

Decidí que antes de volver a casa iba a echarle un vistazo al cementerio, a ver si de paso me iba acostumbrando. Le pegué un boleo a la Pulpo y me limpié las manos en la remera. Caminé bajo la sombra del paredón, doblé la esquina y seguí hasta las rejas blancas de la puerta principal. Iba muy canchero hasta que me asomé y miré para adentro: un frío me bajó por la espalda. Traté de darme ánimo y volví a mirar, a repasar con tranquilidad todo lo que podía verse desde ahí. Pensé que por lo menos, con toda esa gente que caminaba de acá para allá, parecía imposible que uno se quedara solo. Rolando

Pablo Ramos

me había dicho que para sacarse la impresión del principio, lo mejor era imaginarse en un pueblito un día domingo. Miré las bóvedas y me dije que eran las casitas del pueblo de los muertos. Me tranquilizó comprobar que tenían de todo: sus veredas, sus calles empedradas con el nombre en cada esquina y hasta un semáforo titilando en amarillo sobre el cruce de las dos calles más anchas. Las manzanas eran pequeñas pero con árboles y canteros llenos de flores. Y hasta había una plaza central, con un jardín de cruces bajo el sol de la tarde. Respiré profundo y repasé con la mirada cada una de las esculturas. Un obelisco celeste, en la entrada, era la más alta. Unos pasos más allá había un arco de laureles verdes y, doblando hacia las bóvedas, dos ángeles flacos soplaban trompetas de bronce y tenían un montón de palomas sobre la cabeza y los brazos. A mí no me gustaban las palomas pero decidí que arriba de los ángeles quedaban bastante bien. Había también otras esculturas, tan raras que no puedo explicarlas, y unos pibes gorditos con alas de mariposa y el pito al aire cantando de cara al cielo. El cementerio parecía realmente un pueblo feliz un día domingo. A no ser porque en el fondo, donde el último paredón lindaba con lo profundo de la villa Corina, se levantaba un enorme edificio de cemento: el monobloque de los nichos.

¿Para qué iba a entrar sin Rolando? Me senté en un banco, al costado de la puerta y le pregunté la hora a una mujer que pasaba cargada con bolsas de feria. La mujer traía puesto un delantal de cocina lleno de pingüinitos verdes y negros; yo nunca había visto un delantal tan feo. Dejó las bolsas en el piso, sacó un reloj de pulsera pero sin pulsera y me lo puso delante de la cara. Recién ahí me

di cuenta de que era bastante vieja. Miré la hora y le hice una seña que quería decir *sí*. No le di las gracias pero no por mal educado, sino porque me sentía incómodo con ella ahí, parada al lado de las bolsas, mirándome de esa manera. La mujer sacó un racimo de uvas y me lo dio. Agarré el racimo y juro que hice un esfuerzo por decir algo. Pero no pude. Ella levantó las bolsas y siguió su camino. Las uvas estaban dulces y eso hubiera sido suficiente para hacer sentir bien a cualquiera. Pero yo me sentí mal. No puedo decir por qué. Nunca supe por qué terminaba tan triste cuando me pasaban cosas como ésta.

En mi casa estaban de asado. Habían venido Coco —el socio de papá—, su mujer, su hija y mis tíos recién casados. Papá había empezado a encender el fuego sobre una chapa, al lado de la parrilla que teníamos en el patio. Saludé y me metí en la pieza. Alejandro, con el equipo a todo volumen, escuchaba un disco de Pescado Rabioso.

—Che —me gritó, y su voz se mezcló con la del flaco Spinetta que decía a los gritos que cansado de gritar por Cris, su mente estaba perdida como un árbol—, por qué no te cruzás al taller. Encanuté una botellita de la costa.

Bajé el volumen del Winco y le pregunté de dónde la había sacado. Mi hermano puso cara de canchero y me hizo una seña como queriendo decir menos pregunta Dios y perdona. Alejandro siempre se andaba haciendo el misterioso. Me dijo que había escondido nuestra botella adentro del cilindro roto de la prensa hidráulica. Le brillaban los ojos y se notaba que antes de guardarla le había pegado

Pablo Ramos

unos buenos besos. Salí, agarré las llaves de arriba de la mesa del comedor y me crucé al taller.

El taller de papá era un local bastante grande donde había diez bancos de trabajo repartidos en los costados y, en la pared del fondo, el torno revólver, la hornalla industrial, la prensa hidráulica, la bañera del barniz y la pileta de agua fría que también servía de mingitorio. No tenía baño y si uno quería hacer algo más que un pis debía cruzarse a mi casa. Mamá siempre protestaba por eso. Porque cada vez que un cliente venía con el apuro se tenía que cruzar a casa a cagarnos el baño. Los únicos bancos que se usaban eran el de papá, el de Coco y el de Alejandro. Los otros habían quedado de la época en que el taller tenía un montón de bobinadores que trabajaban por hora, pero ni mi hermano ni yo lo habíamos conocido entonces.

En el taller de papá se bobinaban dínamos, alternadores y arranques de automóviles. También bobinas de limpiaparabrisas, aunque esas eran una reverenda boludez y uno las encontraba hasta en los peores talleres. Un verdadero bobinador, decía siempre papá, prefiere trabajar en el rotor o en el estator de una dínamo o de un arranque. Yo era el encargado de cebar mate, porque todos decían que no había nacido para los trabajos manuales. En cambio Alejandro —quizá porque era trece meses mayor que yo—, cuando volvía de la escuela, trabajaba como bobinador. Tenía su propio banco y sus propias herramientas de bobinador. Hasta manejaba, bajo la estricta vigilancia de Coco o de papá, el torno revólver; y eso no es algo que pueda hacer cualquiera.

Cerré la puerta con llave y, sin encender ninguna luz, arreglán-

domelas con el poco sol que se filtraba por la única ventana, saqué la botella de adentro del cilindro roto. El cilindro estaba protegido con grasa colorada así que la botella se había embadurnado de punta a punta. La limpié con estopa, la destapé y probé el vino. Era bien dulce, del que llamábamos Aguasucia, sin duda el más rico de todos los vinos.

Cuando me sentí entonado me puse a repasar los almanaques de las minas desnudas. Tuve que hacerme una paja enseguida, para poder mirarlos con más tranquilidad. Había minas para todos los gustos, pegadas en todas las paredes del local. Las dos más tetonas estaban cerca de la puerta de entrada, es decir, en el medio exacto del taller, frente al torno revólver y la hornalla industrial donde se calentaban los tarros para fundir el estaño. Hacían la propaganda de alambres forrados en algodón y estaban de costado, enrolladas en alambre blanco, como si fueran las momias de Cleopatra, mostrando las tetas y el culo que era lo único que tenían al aire. Sobre el banco de Alejandro había una que era igualita a Isabel Sarli, en bombacha y corpiño, con la boca abierta como un pescado. Yo podía imaginarme miles de cosas con aquella boca pintada de rojo brillante. Sobre el banco de Coco había otra que tenía el culo más enorme que yo haya visto en la vida. Era la propaganda de la Bulonera del Dock. La culona te apuntaba con ese culo como una montaña a la vez que se retorció toda para doblarse hacia atrás, te miraba con tremenda cara de puta, sacaba un bulón de una caja de bombones en forma de corazón y te hacía creer que se lo iba a comer. Abajo, en letras rayadas de azul y amarillo decía: *¿Qué comés, nena, Bulones del Dock?*

Pablo Ramos

La única repetida era una flaquita, en pollera de colegio secundario pero minifalda y con una torerita que le tapaba las tetas nada más que hasta la línea de los pezones. La flaquita tenía trenzas y estaba chupándose el dedo. Era la propaganda del taller de papá, que se llamaba Los Amigos, y estaba como diez veces en todo el local. Mamá decía que era una vergüenza porque podía haber sido su hija; o sea, la hija de papá; o sea, mi hermana. Debido a lo que decía mamá yo nunca me había podido pajar con la flaquita y trataba de no mirarla demasiado.

Había también una japonesa, con las manos entre las piernas y cara de sorprendida porque un eje gigantesco intentaba atravesarla como si ella fuera una bobina. La japonesa estaba colgada arriba del póster de River Campeón donde el Beto Alonso tenía dibujada, justo sobre la boca, una pija con dos huevos peludos hecha en birome azul por mi hermano. Alejandro, como todos nosotros, era hinchado del Arse y era el único que se animaba a meterse con Coco.

Las mujeres de los afiches eran tantas que uno se mareaba. Pero había una en particular de la que yo me había enamorado. Y me había enamorado en serio. Estaba sobre la pared del banco destinado al archivo de papeles. Era una rubia que hacía la propaganda de los rulemanes SKF. Estaba delicadamente desnuda, montada a caballo en un rulemán gigantesco. El pelo lacio hasta la cintura, los labios húmedos apenas abiertos y las tetas rosadas llenas de diminutas gotas de rocío. Tenía la mirada triste, como si alguien la hubiera abandonado sobre ese rulemán que mantenía apretado entre las piernas por temor a caerse. La foto era tan real que a donde quiera que yo iba la rubia me seguía con la mirada. Lo raro del afiche era que en la parte

de abajo, en letras chiquitas, figuraba su nombre. Decía: *Modelo: Andrea C.*

Me recosté sobre el banco de los papeles y me quedé un rato así: observándola. Tomé un trago de vino y encendí un cigarrillo de los que con Alejandro le robábamos a papá: Particulares 30 sin filtro. El humo fuerte me hizo toser y después de un poco más de vino me volví a bajar la bragueta y empecé a acariciármela despacio. Me sentía adormecer, y a medida que aceleraba mis caricias el gusto del vino y del tabaco me iban ganando el alma. Vi la cara de Andrea C. que parecía cambiar de expresión como si ella también lo estuviera disfrutando.

—Andrea C., Andrea C. —murmuré bajito y con los dientes apretados.

Entonces ella empezó a moverse. Se desperezó, bajó del rulemán y salió de la foto para acostarse a mi lado. Sobre el banco de los papeles me besó un rato y ahí mismo nos hicimos el amor, impregnados del olor de la grasa roja, rodeados de los pedacitos de mica y las ralladuras de estaño que resplandecían en la oscuridad.

A eso de las doce acomodé las almohadas y las sábanas de tal manera que pareciera que yo estaba en la cama. Le pedí a mi hermano que me hiciese la gamba en el caso de que mamá viniera a preguntar si necesitábamos algo. Mamá lo preguntaba siempre sin encender la luz y desde la puerta de la pieza, sobre todo desde que la panza ya no la dejaba moverse demasiado. Alejandro sólo tenía que poner voz de dormido y contestarle que no.

—Me voy a ver a Rolando —le dije—, lo dejé en lo del Uruguayo, estaba bastante mal.

Pablo Ramos

—Vos siempre con ese borracho —dijo Alejandro.

Salí de la pieza y entré en el comedor que estaba a media luz. Todos seguían conversando en el patio y nadie se fijó en mí. En el pasillo agarré la bicicleta, salí a la calle y arranqué a toda velocidad.

Era una noche de esas tan lindas que tienen los primeros días de marzo. Las calles estaban oscuras y el viento movía lentamente la copa de los árboles. Para llegar al bar tenía que pasar obligatoriamente por el cementerio, así que pedaleé hasta la avenida Agüero y doblé hacia la izquierda. Aceleré un poco más y pude ver el monobloque de los nichos que, con sus cuatro pisos de altura, sobresalía entre todas las casas del barrio. Junto a la puerta principal vi la sombra de un hombre agazapado. Subí a la vereda de enfrente, esquivé los tachos vacíos de las florerías y bajé de nuevo a la calle. Había hecho unos metros cuando me di cuenta de quién era el hombre. Clavé los frenos haciendo chillar la rueda trasera. Rolando, pensativo, la cabeza metida entre los hombros, usando los dedos de sus manos, se peinaba. Me acerqué despacio, caminando al lado de la bici. Aunque suene raro sentí que era yo quien le debía una disculpa.

—Tuve que ir hasta mi casa —le expliqué—, te agarraste un pedo bárbaro.

—Soñé que me querían pelar como a un chanco —me contestó Rolando.

Abrió un bolsito de cuero marrón que tenía al lado, sacó una botella, desenroscó la tapa y, murmurando la palabra agua, se mojó la cabeza. Sacó el peine y se peinó a lo Gardel.

—Manos a la obra —dijo—: Al cementerio.

—Pero si ahora está cerrado...

—Muchísimo mejor —dijo, y yo pensé que le había empezado a fallar la cabeza.

—Pero ¿me querés decir cómo vamos a entrar si está cerrado?

—Cerrado para los muertos y para los vivos, no para Rolando.

—¿Y qué hago con la bici?

—¿A quién se le ocurre traer un velocípedo al cementerio?

—¿Un qué? Si me la afanan mi viejo me mata.

—Acá está Rolando —dijo mi amigo con aires de importante—, y Rolando es tu amigo, ¿no? Entonces no veo ninguna razón para que estés preocupado.

Agarró la bicicleta, cruzó la avenida Agüero, entró por el costado de una florería y enseguida salió.

—Listo —me dijo—, ahora al cementerio.

Empezamos a dar la vuelta a la enorme manzana. Para mi asombro, pasábamos de largo cada una de las puertas secundarias. Cuando dejamos atrás la segunda esquina y entramos en la calle posterior, la que está enfrente de la villa y donde ya no había ninguna puerta, supe que Rolando pensaba entrar al cementerio por el peor lugar: el monobloque de los nichos. Yo trataba de disimular pero estaba recontrasustado. En cambio, Rolando caminaba suelto, con cierta felicidad, como si no fuera consciente de que de un lado teníamos un cementerio y del otro, el oscuro rancharío de la villa.

A mitad de cuadra, justo al pie de un gomero, me dijo que ése era el lugar. Trepamos al árbol y del árbol nos pasamos a la cornisa del paredón donde sobresalía un balconcito que parecía el de Romeo y Julieta. Rolando me dijo que antiguamente había sido un

Pablo Ramos

puesto de vigía. Yo no estaba de ánimo para preguntarle qué mierda habían querido vigilar en un cementerio, pero él me contaría más tarde que los puestos se habían construido un siglo y pico atrás, durante la epidemia de fiebre amarilla, cuando los primeros pobladores del barrio, por ignorancia, habían querido incendiar el cementerio.

Nos deslizamos por la cornisa hasta alcanzar el balconcito. Rolando iba adelante y varias veces pensé que se venía en banda. Cuando llegamos al puesto de vigía se quedó jadeando como un perro. Me dio tres palmadas en la espalda, forcejeó una puerta pequeña de dos hojas de chapa hasta que consiguió destrabarlas y las abrió. Entonces, en medio de ese silencio y una total oscuridad, nos metimos al primer piso del monobloque de los nichos.

—Rolando —susurré.

—Qué.

—¿Dónde estás?

—Acá.

—Adónde.

—Enfrente de ti, querube —me tocó, y pegué un salto.

Yo estaba muerto de miedo. No se veía nada y el olor era insoportable, como si alguien hubiera mezclado desodorante de ambientes con lavandina. Rolando me agarró la mano y yo me dejé llevar. Dimos unos pasos y de golpe se detuvo.

—¿Qué carajo pasa? —dijo.

Y es que caminábamos trabados, porque nos habíamos tomado como dos personas que se hubieran dado la mano para saludarse.

Rolando me soltó y lo manoteé del saco. Escuché una puteada, pero igual no lo solté. Llegamos hasta una escalera y nos detuvimos. Empezamos a bajar despacio, tanteando los escalones en cada pisada.

Era una escalera caracol. Dimos tres giros a la derecha y llegamos abajo. Entonces vi una luz muy tenue pero bien definida al final de lo que parecía un largo pasillo.

—Hacia la luz, caminé despacio hacia la luz —me dijo Rolando, y yo pensé en esos tipos que vuelven de la muerte y te dicen que caminaban hacia una luz tan poderosa que los dejaba ciegos; esta luz era una mierda pero supongo que en algo se parecía; rolando me volvió a soltar y pude sentir cómo se alejaba.

—Rolando, no jodás, estoy parálítico —dije.

—Paralizado querrás decir —me contestó, y me alivió la idea de que estuviera cerca.

Seguimos y, a cada paso, me resultaba más evidente que la luz era la salida del monobloque de los nichos. Ya podía ver la sombra débil de mi amigo alargada contra la pared. Estiré la mano hacia un costado y toqué algo de metal: un florero. Sentí en los dedos las flores babosas que, al moverlas, despidieron un olor repugnante. Saqué la mano de un tirón y el florero cayó al piso dando tres campanadas descendentes.

—Che —me dijo Rolando, recontranervioso—, nos vas a mandar en cana.

No pude responderle enseguida porque no me salió la voz.

—Perdoná —dije, por fin—, me dieron ganas de tocar.

—Si son nichos —me contestó, indignado—, son como placares rellenos de muertos, qué es lo que querés tocar.

Pablo Ramos

Llegamos a una puerta de vidrio y mi amigo me dijo que me agachara y me quedara quieto, que él iba a dar un vistazo para ver si los cuidadores de turno eran de la barra de amigos. Salió y yo me quedé, por primera vez en mi vida, solo en un cementerio.

Atrás tenía la oscuridad repleta de muertos embutidos y adelante la visión de las bóvedas y las cruces bajo la luz de la luna. Sentí que el estómago se me volvía de piedra. No podía dejar de hacer un ruido espantoso con la garganta. Un ruido parecido al que hacen las palomas cuando están amontonadas. Cerré los ojos, respiré profundo y traté de pensar en Andrea C. Su pelo suave sobre mi cara, su pelo que salía de la foto impulsado por un viento marino. Después ella, desnuda, que se dejaba deslizar hacia adelante del rulemán sin ningún temor, confiando en la mano segura que yo le tendía, sonriendo al comprender que era el príncipe azul que durante tanto tiempo había esperado.

—Vamos, che —me dijo Rolando, y habría sido mejor que me hubiera dado una patada en el culo porque casi me muero del susto—. No hay moros en la costa. ¿Qué tenés ahí?

Yo me había bajado el cierre y, sin darme cuenta, ya me estaba manoseando.

—Qué, ¿te ibas a pajar? —me preguntó.

—Me estoy meando, no ves; por qué no te callás la boca.

—Te ibas a pajar —dijo Rolando.

La luna estaba suspendida en el centro del cementerio. Iluminaba las tumbas con un color plateado y pegajoso. Las tumbas de mármoles claros eran las que más me impresionaban. Parecían espejos an-

tiguos abandonados, resplandores cargados de maldad. Rolando me pidió que lo siguiera y yo traté de ir pisándole los talones. Tanto traté, que habíamos hecho pocos metros cuando cayó de boca contra una montañita de tierra húmeda al lado de un hoyo abierto. Efectivamente: le había pisado los talones. Rolando se levantó y se sacudió la ropa. Parecía furioso, subía y bajaba los brazos como un pajarraco.

—Estoy dispuesto a soportarlo todo —dijo, siempre moviendo los brazos; después hizo una pausa y agregó—: Por un amigo.

—Tengo ganas de vomitar.

Me inclinó hacia delante y me apretó la panza. Traté de vomitar pero no pude. Rolando murmuró unas puteadas y me sacudió como si yo fuera una bolsa de cebollas. Vomité y me sentí mejor. Mi amigo me dijo que me sentara, que era la falta de costumbre, y ahí nomás, sacó una botellita de medio litro de algo que parecía moscato. Tomó un trago y me convidó. Primero, desconfiado, le di un trago cortito, pero cuando sentí el sabor dulce del vino le di otro bien largo. No tardé nada en sentirme mejor.

—Empecemos con unas pocas palabras —me dijo—; no te hace falta anotar, solamente prestame atención. Hay tres clases de tumbas que tenés que aprender a diferenciar. Primero: tumbas en las que tenés que trabajar. Segundo: tumbas en las que obligatoriamente tenés que trabajar. Y tercero: tumbas en las que ni por todo el oro que existe en este mundo tenés que trabajar.

Hizo una pausa, revisó los bolsillos de su saco azul y sacó un medio pucho arrugado. Desclavó un fósforo que estaba metido adentro del medio pucho y lo raspó varias veces sobre la piedra de una tumba hasta que logró encenderlo.

Pablo Ramos

—Voy a ahorrarte el desatino y no te voy a preguntar cuál de las tres es la más importante. Directamente te lo voy a decir.

—La segunda —dije, apurado.

Rolando se quedó mirándome. Tosió y echó humo por la boca y la nariz. Escupió de entre los dientes lo que podía haber sido una hebra pequeña de tabaco.

—No tiene filtro —dijo—, el borracho amarrete se quedó con la mitad que tenía filtro.

—Pero vos te quedaste con la que tiene más tabaco —contesté sin dudar, agrandado por lo que había creído un acierto anterior.

Rolando se exasperó. Volvió a sacudir los brazos aleteando sin parar.

—¡Si me vas a interrumpir a cada rato mando todo al carajo! —gritó—. ¡Esto no es una escuelita de mierda! ¡Esto es un cementerio!

—No te interrumpo más —le dije, pero no alcanzó y casi tuve que rogarle porque se había empacado y no quería seguir; por fin continuó.

—La más importante es la tercera. Catorce hijo de puta, lo partió tomando en cuenta sólo la parte del tabaco —dijo—. Porque si tocás lo que no hay que tocar, uno, trabajaste al pedo y dos, mucho peor, te meten en cana. ¿Entendido?

Contesté que sí con la cabeza y Rolando me dijo que esa noche aprenderíamos a diferenciar las tumbas según lo que cayera en suerte.

*Negrita, ésta es la casita que tanto quisiste en vida
y que no te pude dar. El Bebe.*

La inscripción estaba grabada sobre una placa de bronce, colocada en el jardincito de un chalet en miniatura que venía a ser la tumba. Con cerco, arbolitos, ventanas y una chimenea con forma de cruz. Tenía el techo de tejas rojas y estaba hecho con ladrillos de verdad. Un farol iluminaba toda la sepultura, que daba la sensación de ser una enorme torta de cumpleaños.

—¿En cuál de las tres clases citadas ubicarías a esta cárcava? —me preguntó Rolando, que ahora se veía tan fresquito y sonriente que nadie se hubiera imaginado que esa misma tarde se había agarrado un pedo de película.

—¿A esta qué? —pregunté.

—Es inútil, deberías tener al menos un libro: el diccionario. Fosa, hoyo, depresión considerable en el terreno.

—Qué sé yo —le dije—; ¿un chalecito?, este tipo está más loco que una cabra.

—Te rogaría mostrar más respeto por la clientela y abstenerte de toda queja —dijo Rolando—. Estos locos, como vos los denominás, son los que algún día te darán de comer. Pero volviendo a la pregunta: ¿sabés o no sabés?

—Clase tres —le dije.

—¡Incorrecto! —contestó mi maestro frotándose las manos—, ésta es una clase dos. El marido de esta Ana Ramírez es un maniático. Por supuesto que no hay que manosear demasiado y eso lo veremos más adelante, pero ésta es una dos clavada. Es imperativo po-

Pablo Ramos

ner manos a la obra en esta tumba. El simple hecho de esperar al Bebe Ramírez en el día de la novia o en el aniversario de su insatisfecha esposa ya nos hará ganar dinero. Escuchá la estrategia y andá saboreando el fato. Uno se acerca y le dice: «Caballero, disculpe que lo interrumpa en su dolor. Pero usted sabe, las palomas. Yo opino que deberían erradicarlas de lugares como éste. Ahora descuide, para eso ha nacido Rolando: un servidor, para encargarse de todo y evitarle el dolor adicional de ver cómo... ¿me entiende?».

—Pero decís que no hay que tocar demasiado —dije.

—Y bien he dicho. Este tipo de cliente sabe qué lugar ocupa cada cosa. La culpa por no haberle podido dar la casa a la mujer lo convirtió en un obsesivo patológico y espero que sepas lo que eso significa. Solamente hay que verificar si por casualidad algún gorrión cagó el techo de la casita, cosa que sucede en grado menor.

—Y el tipo te pone la guita como un chorlito —le dije entusiasmado.

—Como un cliente —me corrigió Rolando—, como un cliente.

Caminamos por el jardín de las cruces. Pasamos por varias sepulturas que mi maestro ignoró por completo y por otras que le merecieron un comentario menor. Doblamos por otra calle y nos detuvimos. Si la tumba anterior había sido rara, ésta parecía el monumento a la comisión directiva de un manicomio. La mitad de la tapa estaba ocupada por la réplica de un colectivo pintado de rojo donde se leía que era de la línea 8 interno 22. A los costados del colectivo había dos reflectores color violeta. También había una rueda de triciclo con un solo pedal amurada a un costado por medio de un caño. Rolando me pidió que prestara atención; tomó el pedal e hizo

girar la rueda a toda velocidad. Yo había pasado por alto un detalle importante: la dínamo. Me llevé una sorpresa cuando los reflectores se encendieron llenando el lugar de luces azules y violetas. Mi amigo soltó el pedal y la rueda quedó andando otro rato, los violetos se apagaron poco a poco y la tumba volvió a ser casi como cualquier otra. Excepto por el colectivo rojo y por las dos inscripciones que estaban en el frente de la lápida.

*Al picaflor del Pelusa, por su Estampa de Varón del Volante
Asociación Amigos del «8 La Colorada» Al 22 de la Barra,
porque es una gran 17 que venga el 13 y te mande al 94
Tus compañeros de siempre*

Yo estaba asombrado y, aunque debo admitir que la tumba era bastante alegre, no habría sabido por nada del mundo en qué categoría entraba semejante cosa. Rolando no se hizo esperar.

—Bueno, en cuál te parece que entra ésta.

—No me parece tan difícil, yo diría que, ahora sí, es una clase dos.

—Lamento desilusionarte pero la respuesta es: ¡incorrecta! Ésta pertenece al grupo de las más peligrosas, las que más se te tienen que grabar en la cabeza: clase tres. Y por dos motivos que, aunque se te han pasado por alto a vos, saltarían a la vista de un murciélago. Uno: los chiflados de la asociación son capaces de mandarte en cana sin dudarlo ni un instante; y dos: a los timberos amigos de este tipo no les sacás un cobre ni apuntándolos con un bufoso. ¿Entendido?

Pablo Ramos

Me acerqué a la tumba y le di a la ruedita haciendo encender los violeteros. El asunto me había empezado a gustar pero estaba preocupado por la hora, si en mi casa se llegaban a dar cuenta de algo se me pudría todo.

—Bueno, ya se hizo un poco tarde, ¿no? —dijo Rolando como si me hubiera leído el pensamiento.

—Y... si no te hubieras puesto en pedo habríamos empezado más temprano —le dije.

—Y... si la abuela hubiera nacido con huevos habría sido el abuelo —me contestó, imitando el tono de mi voz.

Caminamos hacia una de las puertas secundarias. Yo iba a la par de Rolando y, cada tanto, levantaba la vista para mirar el paisaje. No corría ni una gota de viento y la luna había desaparecido detrás de una nube. Llegamos al paredón de la calle Agüero y Rolando saludó hacia una de las casillas de los cuidadores. No pude ver a nadie pero alguno le contestó apagando y encendiendo la luz tres veces. Salimos por una de las puertas secundarias porque era posible abrirlas desde adentro. Rolando me dijo que a esa hora los cuidadores eran todos amigos porque estaban bien mamados, dejó la puerta entreabierta y me acompañó a buscar la bicicleta. Nos despedimos y yo me fui a toda máquina. Nada de lo que había en la calle me asustaba ahora: había estado de noche en el cementerio.

Llegué a casa, abrí la puerta del pasillo —que nunca se cerraba con llave— y entré tan silencioso como pude. Todo estaba demasiado tranquilo y enseguida noté que había pasado algo. En la pieza, Alejandro me esperaba despierto.

—Zafaste de pedo —me dijo—, se armó flor de quilombo y tuvie-

ron que llevar a mamá al hospital. Parece que esta vez nace —hizo una pausa y agregó—: ¿Tenés un cigarrillo?

Lo de mamá había sido una falsa alarma, y la abuela dijo que el problema era que la panza todavía no estaba madura. Desde ese día, por culpa de lo que había dicho la abuela, empecé a mirar la panza de mamá con algo de asco. Me hacía pensar en un durazno que se estaba pudriendo y que en cualquier momento se iba a reventar, dejando salir el carozo, que vendría a ser mi hermanito o hermanita.

Esa mañana ni Alejandro ni yo fuimos a la escuela. Nadie se levantó para despertarnos y nosotros aprovechamos para quedarnos en la cama. A eso de las diez a mi hermano lo mandaron al taller, en cambio a mí, fuera de prohibirme encender el televisor, no me dijeron nada. Ésa era una de las ventajas de no haber nacido bueno para los trabajos manuales: si no iba a la escuela, no tenía un carajo que hacer. A las once de la mañana ya estaba en el bar buscando a Rolando.

—Qué hacés a esta hora —me dijo con la boca llena de ensaimada chorreante de café con leche; después, dándose un tiempo para tragar, preguntó—: ¿Acaso el nuevo ser ya está entre vosotros?

—No, pero tuvimos una falsa alarma —le dije.

Me hizo señas para que me sentara, pidió otro café con leche con dos ensaimadas y comimos hasta quedar relamiéndonos como gatos.

—Hoy vamos a tener una clase diurna —dijo por fin mi maestro—, vamos a estudiar otro punto crítico, el segundo punto cardinal de nuestro oficio: los visitantes. Desde tipos que todavía lloran

Pablo Ramos

a sus mujeres muertas hace cuarenta años hasta otros que vienen en pedo y les mean la tumba por atorrantas. Viudas gordas que se hacen un picnic sobre la lápida y les llevan vasito y fiambre a sus maridos muertos. Metáforas vivas de los seres vivientes.

—¿Y de qué sirve ver eso? —le pregunté—. Me gusta más el asunto de las tumbas.

—¿Para qué nos sirve el cerebro, mamá?, ¿para llenar la pelela de caca? No, hijo, para eso tenemos el culo —dijo Rolando poniendo voz de nenito pelotudo—. Hoy arranco el día con café con leche y también te ponés pesado —agregó, reprimiendo unos movimientos de brazos que a mí me parecieron el comienzo interrumpido de su habitual aleteo; entonces sacó un cigarrillo, lo golpeó varias veces sobre la mesa, lo encendió y le dio una pitada cortita—. Attendeme una cosa —me dijo—, no, mejor atendeme dos: no interrumpas cuando empiezo a inspirarme y dejá que yo decida el sistema de aprendizaje. Ah, ¡y no empieces a disculparte a cada rato! Entre «esos tipos», como vos los llamás, andan personas que pueden resultar de vital interés. Y tan importante como diferenciar las tumbas es también diferenciar a los tumbatarios, o sea: nuestros clientes. ¿Entendido?

—¿A los Tumba qué?

—Tarios —dijo Rolando—. Es jerga profesional.

Dije que sí y mi maestro se puso de mejor humor. Pagó la cuenta y pidió otra ensaimada pero de las grandes. El Uruguayo la trajo en una caja de cartón que también servía para las pizzas. Salimos del bar, cruzamos la avenida y caminamos las dos cuadras hasta una de las puertas del cementerio. Era viernes y había bastante gente.

Entramos. Rolando caminaba con aire distinguido, sosteniendo la caja de la ensaimada desde el piolín. Dimos un par de vueltas por el jardín de las cruces y —casi llegando al monobloque de los nichos— nos detuvimos frente a una bóveda. *Familia Cornetti*. Estaba grabado sobre el mármol negro de la puerta. Rolando dejó la caja en el suelo, sacó del bolsillo del pantalón un manojo de llaves y se puso a abrir los candados.

—¿Qué vamos a hacer acá? —pregunté.

—Guardar la ensaimada para la hora del mate.

—Ah.

Terminó con los candados que parecían eternos, nos metimos y cerramos la puerta.

—Che, ¿y si viene alguno de los dueños?

—Quedate tranquilo, están todos muertos —dijo Rolando, y largó una carcajada.

A mí no me había parecido tan gracioso; a decir verdad, prefería el cementerio visto del lado de afuera. Mi maestro pareció darse cuenta de lo que yo sentía.

—Fue una pequeña chanza, mi querido Gabriel —me dijo—. El último de los Cornetti vive en Mar del Plata y me pasa cien por mes para que le cuide a la familia —Rolando encendió la luz e hizo un gesto de presentación.

Si uno se dejaba contagiar por el optimismo de mi maestro, la bóveda era un lugar agradable. Un departamentito, un poco raro, pero bastante cómodo. Todas las paredes eran de mármol blanco, y por más que era un mediodía de verano a pleno sol, el lugar se mantenía

Pablo Ramos

fresco, casi frío, diría yo. Había candelabros de plata, floreros de porcelana y de cristal, mantillas blancas de hilo y dos cruces grandes de madera colgadas en la pared de atrás. El único problema aparecía cuando uno recordaba de qué estaban llenos los cajones. Rolando me pidió que lo siguiera, corrió una cortina blanca y vi una escalera caracol de hierro. Encendió la luz y bajamos lentamente hasta una planta que mi maestro llamó «el primer subsuelo». Era un lugar un poco más grande y estaba lleno de cajones y de urnas. Los cajones, apilados de cuatro en cuatro sobre unas estructuras de hierro, parecían bastante viejos en relación con los de arriba. El primer subsuelo me estaba dando mucha más impresión y Rolando, que ya se había dado cuenta, me dijo que pensara en un submarino lleno de camas marineras. Traté de pensar pero lo único que se me ocurría era que todos los marineros estaban muertos. Había unas diez de esas *camas marineras* y dos cajones sueltos. Algunos estaban muy viejos y Rolando me dijo que en cualquier momento iban a entrar en reparación.

—¿Y a vos te toca arreglarlos? —le pregunté.

—Por supuesto. Es como un auto de carreras que entra en boxes. Abajo, en el segundo subsuelo, están los boxes.

Bajamos y resultó que el segundo subsuelo era bastante más chico y no estaba destinado a guardar ningún cajón. Era un cuarto seco, de paredes de cemento pintadas de blanco, con luz de tubo fluorescente. Una sala de máquinas, donde estaban los motores de la bomba de achique, del pequeño elevador de féretros y algunos materiales para mantenimiento. También había un colchón envuelto en mantas, echado directamente sobre el piso de mosaico. Una garrafitita, unos cacharros, un equipo de mate, varias pilas de libros

y algunos diarios viejos. Rolando acomodó dos o tres libros que estaban apenas separados de la pared dejando la fila perfecta, tenía el pecho hinchado y yo me di cuenta de que era de orgullo.

—He aquí, querido Gavilán, ave rapaz heredera de mi sapiencia, el nido que acoge mi noble alma —dijo por fin mi maestro, con un acento que a mí me pareció de un antiguo caballero español.

Yo estaba impresionado. Todo relucía de lo lindo y se notaba que mi maestro se tomaba muy en serio su trabajo, y que la única libertad que se daba era la de vivir allí, donde los demás estaban muertos.

—Es fantástico —le dije.

—Brindemos por ello.

Dejó la caja con la ensaimada detrás del motor de la bomba de achique y sacó una damajuana de vino y un vaso. Nos sentamos encima de las mantas, me sirvió medio vaso y tomé hasta verle el fondo. Rolando volvió a llenarlo, esta vez hasta el tope, se levantó, y con el vaso en alto dijo: «Al amigo todo, al enemigo, ¡ésta!», y se apretó bien fuerte las bolas.

Subimos al primer subsuelo y me contó lo que sabía acerca de la bóveda y la desgracia de la familia ahí depositada. El mayor Cornetti había venido a la Argentina en el mil ochocientos noventa y pico, junto con dos de sus hermanos, y había logrado hacer una fortuna con el cuero. Tuvo tres hijas, pero todas se murieron antes de cumplir los veinte años. Con la tercera muerte el viejo se volvió medio loco y embalsamó a la muchacha. «Para que el tiempo no pueda con la belleza», dijo Rolando.

Entonces la mujer de Cornetti enloqueció, creyendo que la lo-

Pablo Ramos

cura del viejo era un pecado mortal. «Polvo al polvo», dicen que gritaba la noche que la encontraron en el cementerio, vestida de novia, intentando enterrar el cadáver embalsamado de su hija. Al otro día amaneció muerta: se había envenenado. El viejo nunca la perdonó y por eso ella no fue sepultada inicialmente con la familia. Pero más tarde, años después de la muerte del mayor Cornetti, los sobrinos decidieron traerla a la bóveda. (Rolando me iba señalando los cajones donde descansaban algunos de los protagonistas.)

—Después, a medida que fue pasando el tiempo, la historia se volvió tan vulgar como la de cualquiera de nosotros —agregó, y dio unos pasos por la bóveda como si fuera un experto en vinos caminando por su propia bodega—. Oíme bien, si veo que tenés pasta te voy a mostrar una cosa. Pero ojo, sólo si veo que realmente tenés pasta te voy a mostrar algo que no vas a olvidar por el resto de tu vida.

—Mostrámelo ahora —le dije, entusiasmado.

Rolando comenzó a aletear enloquecido.

—¡Dije que si veo que tenés pasta! —gritó, se quedó pensativo, y después dijo—: Ya es la hora.

Acomodamos las cosas, subimos a la planta baja y salimos a la luz del sol.

Un señor muy viejo con traje blanco y de rancho, caminaba despacio hacia nosotros.

—¿Qué ves ahí? —me preguntó Rolando.

—Un viejo arruinado con sombrero de paja —le contesté.

—Y sí, uno no puede decir que lo tuyo esté mal, sólo que carece por completo de imaginación —me dijo, casi aleteando nuevamen-

te—. Te pregunto qué es lo que ves, ver con V mayúscula. O sea, qué se te ocurre que viene a hacer a la zona de las bóvedas el viejo este.

—Se me ocurre que viene a guardarse solo, antes de que empiece a quedarse duro —le contesté, y me empecé a matar de la risa.

—¡Si no te tomás las cosas en serio mando todo a la mierda!
—gritó mi maestro, y me di cuenta de que de verdad, esta vez, se había calentado.

—Bueno, perdóná —dije, poniéndome serio—, viene a arreglar una bóveda.

—¡Correcto! Pero me gustaría saber en qué se fundamenta tan acertada afirmación.

—Trae una botellita y algunos diarios viejos, supongo que debe ser alcohol para limpiar los vidrios.

—¡Muy bien! Y qué más.

—No sé.

—Viene a que nosotros lo ayudemos con la puerta —dijo Rolando, que ahora sonreía como un enamorado.

—¿Y cómo sabés?

—Muy sencillo: uno se toma el trabajo de poner un palito de madera, vulgarmente denominado escarbadientes, en una de las cerraduras de la bóveda; de modo tal que estorbe el accionar de la llave pero que, con algo de maña, resulte sencillo librarse del problema. Entonces, cuando alguien como este señor, dueño de una cripta clase uno, intenta hacer girar la cerradura, se le traba la llave. Es el momento exacto en que nosotros pasábamos por ahí.

—¿Y si se le traba cuando nosotros no estamos?

—Será propina para el cuidador de turno que, como yo nunca

Pablo Ramos

me olvido de las cometas, no hará problema y jamás deschavará el asunto.

—¡Sos un genio! —le dije.

El viejo se detuvo frente a la puerta de una bóveda y se puso a forcejear con el candado tal cual lo había previsto Rolando. Mi maestro me miró triunfador, nos acercamos y comenzó la cacería.

—¿Me permite, caballero? —le habló en tono sigiloso—, no quería que usted tuviera problemas.

—Y a vos quién carajo te llamó —le dijo el viejo, y yo pensé que la cosa se nos estaba complicando.

Rolando me miró como para tranquilizarme, se estiró las mangas del saco y lo intentó de nuevo.

—Mi intención es solamente la de ayudarlo —dijo—. Ahora, dado el tono de su voz, veo que preferiría hacerlo solo.

—Yo por mí les prendería fuego a todos —dijo el viejo—, y a usted primero que a todos.

Rolando se quedó mudo un instante y después reaccionó de una manera que me sorprendió y creo que también al viejo.

—¡Tiene razón! —gritó mi maestro como un condenado—. ¡Nos merecemos más que eso! ¡Sin esperanza de resurrección, nos merecemos el fuego eterno! —tomó las llaves de las manos del viejo y forcejeó para abrir el candado; lo intentó varias veces hasta que por fin lo logró y empujó victorioso la puerta del sepulcro.

Mi maestro seguía y seguía diciéndole cosas al viejo en un monólogo tan desenfrenado que no se dio cuenta de lo que en realidad iba a pasar. Ante nuestros ojos (los míos que nada entendían y los de mi maestro, distraídos, extasiados por el sabor de las palabras que

él con grandeza decía), amontonó los papeles en la entrada, los roció con el líquido de la botellita y los encendió. El fuego se expandió enseguida y los papeles encendidos empezaron a volar por dentro y por fuera de la bóveda. El viejo soltó la botellita que evidentemente contenía alcohol, y yo creí que íbamos a presenciar un verdadero desastre. En eso veo que una mujer joven y muy linda, con el pelo rubio al viento, corría hacia nosotros y gritaba al ver el incendio.

—¡Abuelo, abuelo, por Dios! ¡Qué hace, abuelo! —la muchacha se hacía más y más linda a cada metro que se acercaba; como los ángeles, que dicen que son tan hermosos que uno podría perder la vista con sólo mirarlos de cerca.

Rolando sacó al viejo del incendio y, con movimientos exagerados, empezó a patear para fuera los papeles encendidos. Parecía un bailarín enloquecido zapateando el malambo de su vida en un acto del aniversario del nacimiento de la patria. Daba la sensación de haber perdido por completo el control, porque aleteaba sin cesar, como un pajarraco desesperado. El fuego se extinguió y Rolando se detuvo. Me miró y el viejo aprovechó la distracción para darle un terrible puntinazo en los tobillos. Mi maestro pegó un grito y, saltando en una pata, salió de la bóveda. Aunque aullaba de dolor no se le escapó ni un mínimo insulto. Yo sólo me había resignado a mirar y no sabía qué hacer. La muchacha que también se había metido en la bóveda le preguntó si se encontraba bien.

—¿Está bien, señor? ¿Está usted bien? —dijo.

Rolando asintió con la cabeza y miró al viejo que se había sentado en el piso y murmuraba, puchereando como un nene: «Hay que quemarlos a todos».

Pablo Ramos

Rolando sacó un pañuelo y se secó la transpiración de la frente y del cuello. Apenas recompuesto, dijo:

—Señorita, no debería dejar a este octogenario senil con las llaves del panteón familiar. Pudo haber sido una catástrofe.

—Me descuidé un instante, para pagar —dijo ella con la voz angustiada—; el abuelo está tan mal —se cubrió la cara y se largó a llorar.

Rolando hizo dos aleteos cortitos. Le dijo que no se hiciera problema, que por suerte no había pasado nada. Pero ella siguió llorando. Mi maestro me miró y los dos nos quedamos callados, esperando a que la muchacha se calmara. Finalmente ella sacó un billete de diez pesos y se lo ofreció a Rolando. Él, sorprendido, le hizo señas de que no lo aceptaba y, aunque la muchacha insistió, se mantuvo en su postura.

—Usted me confunde —le dijo a la muchacha—, nada tiene que ver el dinero en todo esto.

Y le explicó los motivos por los que él pensaba que lo más importante no era el dinero. Había que verlo: era un caballero perfecto, y fue conmovedor para mí oírlo pronunciar las palabras que mágicamente cambiaron la angustia de la muchacha en una amplia sonrisa. Después, de manera natural, ella le dio un beso en la mejilla. A él se le infló la cara, abrió los brazos y arrancó un aleteo lento, como si el pajarraco Rolando se hubiera largado a volar y estuviera planeando por el aire, muy lejos de los peligros del suelo. Lo ayudé a levantar al viejo y, juntos, lo sentamos en el banco más cercano.

—Tu papá es encantador —me dijo la muchacha; Rolando me

echó una mirada fulminante—. ¿A qué se dedica usted? —le preguntó ella.

—Decoración y mantenimiento de criptas —dijo mi maestro, y me volvió a fulminar con la mirada.

—¿Eso significa que también hace la limpieza?

—No es nuestro fuerte, pero tomando conciencia de su necesidad, podríamos hacer una excepción.

—Pero seguro que me va a salir muy caro —el tono de la muchacha era ahora de desilusión—, el cuidador me cobraba doscientos cincuenta pesos y mire usted: todo es un desastre.

—¡Doscientos cincuenta pesos! ¡Es un robo! —Rolando aleteaba a todo vapor—. Mire, señorita, con Rolando e hijo la limpieza le va a salir a ciento cincuenta pesos por mes; y eso incluye productos de la más excelsa calidad y la reparación de goteras y rajaduras. Ah, por supuestos que el arreglo con los municipales también corre por mi cuenta.

—¡No lo puedo creer! ¡Usted es maravilloso! —exclamó ella, sacó dos billetes de cincuenta y se los dio—. Tome —dijo—, y éste es el juego de llaves provisorio.

—Muy amable, lamento no tener el talonario de los recibos a mano.

—¿Cómo puedo comunicarme con usted? —preguntó la muchacha—. El cerrajero va a venir mañana a cambiar las cerraduras y querría hacerle llegar las llaves nuevas y el resto del dinero.

—Si no estoy verificando *in situ* que las cosas marchen bien, puede dejarme un mensaje enfrente, en la florería San Onofre; o aquí derecho, dos cuadras por la avenida hacia el sur, en el restaurante El Uruguayo.

Pablo Ramos

La muchacha dijo que no bien tuviera las cosas en orden lo buscaría en alguno de esos lugares. Volvió a besar a mi amigo en la mejilla y se marchó de la mano de su abuelo. Rolando se quedó aleteando serpentinas en el aire.

—Papi —le dije; no me contestó—. Che, papi, te ganaste cien pesos.

—Todavía no —me dijo con cara de mandarme a la mierda—: ¡A laburar!

Llegué a casa como a las cinco de la tarde. Me había ganado diez de los treinta pesos que necesitaba para el regalo. Rolando y yo habíamos dejado la bóveda reluciente y pensábamos darle al techo una manito de pintura.

Entré en mi pieza y, aprovechando que Alejandro estaba en el taller, escondí bien la plata: debajo de una madera del piso, envuelta en una bolsa de papel. Estaba tan contento que no sabía qué hacer. Fui al comedor y encendí la tele, pero a esa hora era de lo más aburrida. Pensé en Andrea C., en sus pechos saliéndose del afiche. Apagué la tele y me crucé al taller. Nunca se negaban a que les cebara unos mates.

—Y qué se te dio ahora por ofrecerte solo —me dijo Coco, después de chupar de la bombilla.

—Nada, no tengo otra cosa que hacer.

—Estos pibes, si uno se lo pide ni siquiera son capaces de poner la pava —dijo.

Durante las horas de trabajo la única posibilidad de ver a Andrea C. era cebar mate sobre el banco de los papeles. Yo tenía la

certeza de que en aquel afiche había algo mágico, un mensaje del destino o algo así, y que en poco tiempo yo iba a poder conocer de verdad a la modelo. Ella parecía entender y —no importa que suene raro— siempre desde el afiche me seguía con la mirada. Como si quisiera recordarme que debía librarla de la desolada prisión que significaba aquel rulemán.

Cebé un rato y fui hasta la pileta para cambiar la yerba y despertar de la idea de hacerme una paja. La tenía recontradura y tuve que arrimarme a la pileta para que no se me notara.

—Ya es viernes —dijo Coco como si lo sorprendiera el paso del tiempo.

—Dentro de dos días es el cumpleaños de mamá —dijo Alejandro, echándome una miradita como para meterle una piña; a mi hermano le brillaban los ojos y era evidente que se las había ingeniado para darle un par de tragos a la botella que teníamos escondida en la prensa hidráulica—. Y vos, Gavilán pollero, ¿qué le vas a comprar a mamá? ¿Una plantita con un moño rojo? —dijo, y él y Coco empezaron a reírse.

Aunque me hubiera gustado rociarlos con el agua caliente, me las aguanté y traté de reírme con ellos para desconcertarlos. Creo que por un momento lo conseguí. Cebé un par de mates más, dejé el equipo en su lugar y crucé a mi casa. Una vez en la pieza, lo primero que hice fue levantar la madera y sacar la bolsa de papel tratando de no hacer ruido. Desplegué la bolsa y metí la mano adentro. Los diez pesos estaban ahí, tal como los había dejado. Los envolví y los puse otra vez en su lugar; acomodé la tabla encajándola entre las otras con exactitud.

Pablo Ramos

—¿Gabriel? —la voz de mamá me llegó desde la puerta entreabierta de su cuarto—, ¿qué estás haciendo?

—Nada, ma —le contesté—, me ataba los cordones.

Mamá entró. Es decir, su panza entró y ella un rato después que su panza. La miré y no pude dejar de sentir náuseas. Pensaba en el durazno maduro, casi podrido, que alguien apretaba con los dedos y que se reventaba deslizando el carozo hacia delante.

—Mamá —dije, y no supe qué más decir.

Mamá se sentó en la cama y yo me senté a su lado; me dio un beso en la mejilla y me acarició la cabeza.

—Gabriel, Gabriel —su voz era muy dulce—, vos y tu hermano me van a sacar canas verdes.

De golpe, en medio de las caricias, resopló como una vaca en problemas y cerró la mano sobre mi pelo. Cerraba más y más el puño y pensé que me iba a arrancar todos los pelos.

—¡Mamá, mi cabeza! —le dije, tratando de aguantar un poco más.

—¡Viene! ¡Jesús! ¡San Ramón nonato! ¡Esta vez se viene! —mamá no paraba de gritar, resoplar y tirarme del pelo.

—¡Mamá, me duele, mamá! —grité fuerte y, tomándole la mano por la muñeca, me pude zafar.

Mamá se acostó en la cama y, alternando su voz con unos soplos que ahora parecían los frenos de un colectivo, me pidió que fuera al taller a buscar ayuda. Salí corriendo y crucé directo al taller. Cuando entré atropellé a Coco con la puerta.

—¡Qué pasa! —me dijo—, ¿estás loco!

—Mamá —alcancé a decir.

Coco y Alejandro salieron a los piques y yo, sentado en el banco

de Alejandro, me quedé tratando de recobrar la respiración. Enseguida volvió Coco y me dio las llaves del taller.

—Tu viejo se fue de reparto, tiene que estar llegando a las siete —me dijo—, cerrá y esperalo en tu casa, nosotros la llevamos al hospital.

Temblando, me encerré en el taller. Me dolía la cabeza. Estaba tan asustado que ni pensaba en calentarme con alguna de las minas. Tomé varios vasos de agua y traté de seguir con el bobinado de Alejandro. Enseguida me resigné. Era incapaz de recordar el paso y al mismo tiempo no enredar el par de alambres. Me arrimé a la hornalla y tiré un pedacito de tiza adentro del tarro del estaño fundido. Como todavía estaba muy caliente salió un humo blanco con un olor superraro hasta que la tiza desapareció en el metal líquido. Busqué cigarrillos en el escondite de Alejandro pero no había ninguno. Saqué la botella de adentro del caño de la prensa hidráulica y vi que estaba casi vacía. Tomé lo que quedaba: más o menos medio vaso, y me senté frente al almanaque de Andrea C. No pude verla salir de la foto pero el asunto funcionó igual, como si yo fuera un marinero en su camarote y ella la novia que esperaba, caliente y húmeda, arriba del rulemán de la castidad.

El sábado, casi al mediodía, en el bar del Uruguayo, mientras esperábamos que se hiciera la hora en que la flamante clienta nos traería las nuevas llaves de la bóveda, Rolando jugaba una partida de mus. Era un desafío entre floristas y cuidadores del cementerio. El compañero de Rolando era el pelirrojo Fugaza, uno de los cuidadores del turno tarde. Y los floristas eran el Polaco y otro que se veía muy poco por el

Pablo Ramos

bar y al que llamábamos Pantera. Yo estaba sentado al lado de mi maestro, en una banqueta que me había traído de la barra. Igual que parte de la clientela del Uruguayo, seguía la partida con atención.

Iban parejas en los tantos: siete marruecos para cada pareja y tres malas los floristas contra cuatro de Rolando y Fugaza. En el mus, un marrueco equivale a cinco malas y las partidas se juegan a lo que uno las quiera jugar. En el bar del Uruguayo se jugaban a cincuenta, o sea, diez marruecos.

Fugaza mezcló y, con un golpe, dejó el mazo sobre la mesa. Pantera cortó en silencio y cada jugador recibió las cuatro cartas que el pelirrojo hizo deslizar hacia sus manos. Un silencio cauteloso precedió a la voz del que era mano. «Mus», dijo por fin el Polaco con voz seca, y dejó su juego boca abajo. «Va y va», cantó Rolando, y a mí me pareció que le hacía una seña a su compañero.

—Así que lo de la vieja fue otra falsa alarma —me dijo mi maestro, y yo entendí perfectamente que era una maniobra de distracción para sus oponentes.

—Nos tiene recontrapodridos —le contesté.

Pantera lo miraba fijo al Polaco. Supongo que quería saber si su amigo, al haber cantado mus, se había ido a la pesca con una mentira. El Polaco en cambio recorría todo con los ojos. Pasaba de su compañero a Rolando y a Fugaza, y volvía a mirar a su compañero. Al fin clavó la vista en Pantera, levantó su vaso y tomó un sorbito de ginebra.

—Diez envido —cantó Pantera, o más que cantó dijo, como atragantado de susto.

Yo no había visto la seña del Polaco y hasta era posible que no

hubiera habido seña alguna. O que sólo consistiera en haber tomado ginebra. Muchos jugadores inventaban su propias señas, sobre todo si se jugaba por plata. Con diez envido a la grande los floristas se podían colocar en cuarenta y ocho: a dos tantos de ganar la partida.

Miré a mi maestro. Estaba serio. Él había dado el corte diciendo va y va y ahora la encrucijada era perder dos porotos o, con lo que se tenía, ir para adelante. Miré las caras y temí que Fugaza y Rolando estuvieran en problemas. Rolando dijo algo, creo que le hizo un chiste a los contrarios. Se oyó la risa seca del Polaco. Una sonrisa de Pantera. Un silencio largo de esos que lo envuelven todo. Por fin Fugaza se tomó la ginebra de un saque y, como ni siquiera había mirado sus cartas, lo que gritó me dejó helado de pies a cabeza.

—¡Órdago, carajo! —gritó Fugaza, y golpeó el culo de su vaso vacío contra la mesa.

Se estaba jugando todo el partido a los tantos. Era matar o morir, y a mí me pareció que, envalentonado por el alcohol, el compañero de Rolando se había apresurado.

La mesa se alborotó, adentro y afuera. Los floristas conversaban la jugada. No estaban de acuerdo. El Polaco dijo que a él no le gustaba que anduvieran golpeando vasos. Fugaza le contestó que él golpeaba todo lo que quería y Rolando se metió a calmar los ánimos y pidió otra ronda de ginebra. Se habló un poco más sobre el respeto y sobre cómo había que comportarse al jugar pero yo sabía que eran palabras vacías. Mi maestro me había dicho que cuando uno quiere saber qué hay en la cabeza del contrario tiene que hablar de cualquier cosa, en lo posible armar un poco de quilombo, buscar alguna llaguita donde meter el dedo porque, en un descuido, capaz

Pablo Ramos

que el tipo se deschava. Eso seguramente buscaban, cada cual por su lado, Fugaza y el Polaco. La mesa volvió a quedar en silencio, sumida en esa conversación secreta que tienen las miradas en juegos de mentiras como el truco o el mus, y que es casi imposible de entender para los que estamos afuera. El Polaco sonreía con una mueca confusa pero Pantera, se notaba, estaba recontranervioso. Sin decir una palabra el Polaco mostró sus cartas.

—Treinta y una —murmuró Pantera no bien las vio, y se mandó un suspiro que delató que no había recibido ninguna señal.

—Se quiere o no se quiere —preguntó Fugaza, y estuvo muy bien, porque no se había dicho nada.

Al escuchar el «por supuesto que se quiere» del florista, Rolando se puso de pie y desplegó tres sietes y un rey sobre la mesa. Eso quería decir que tenía *las reales*, también quería decir que le había ganado a las treinta y una de mano del Polaco.

—Entre los cuidadores y los floristas no hay duda de quiénes son los artistas —recitó mi maestro, cerrando así una partida victoriosa.

—Sos un genio —le dijo Fugaza.

—Sos un genio —repetí, y Rolando sonrió como un galán de telenovela.

Hubo abrazos entre los ganadores y una leve discusión que no llegó a prosperar entre los perdedores. Los floristas saldaron las cuentas y se fueron bastante fastidiados. Fugaza estrechó otra vez la mano de Rolando y se sentó en otra mesa, atrás de la nuestra, a ver una generala que parecía haberse animado de repente. Recogí los porotos y las barajas y los llevé al mostrador. Rolando y yo fuimos a sentarnos cerca de la entrada.

—No, gracias —le dijo mi amigo al Uruguayo, que le ofrecía un vaso de ginebra con soda, una invitación de Fugaza que por lo visto ya empezaba a patinarse la guita que les había ganado a los floristas.

—Si está fría, che, como a vos te gusta —le dijo el Uruguayo, más sorprendido que yo.

—Espero a una dama —contestó Rolando, indiferente; después miró la hora en el reloj mugriento que colgaba de la pared, detrás del mostrador.

—¿A una qué? ¿Vos? ¡Ja!, si la única que te da bola es la anguila que labura en el paredón del cementerio.

—Lamento desilusionar tu solitaria y oriental neurona; pero no saldrán de mi boca, si no de la de mi mejor amigo, las palabras que acrediten la realidad que hoy me toca vivir.

—Sí —dije lo más rápido que pude—, es una mujer joven y es muy linda.

El Uruguayo me miró con desconfianza, no era de los que te creían al primer grito. Yo estaba emocionado, Rolando había dicho mi mejor amigo y se había referido, sin lugar a dudas, a mí.

—Joven y bonita —dijo Rolando— y tan delicada que no sé cómo se me ocurrió invitarla a este antro de perdición.

—¡No te lo permito! —arremetió el Uruguayo—. Éste es un lugar decente.

Un borracho, que estaba en la mesa de al lado, soltó un eructo tan sonoro que nos dejó callados a los tres.

—¡Zángano! —dijo Rolando, y pegó un aleteo.

—Es la naturaleza humana —se justificó el Uruguayo—; y un eruc-

Pablo Ramos

to es algo muy sano — me miró serio y me dijo—: A ver, contame algo más acerca de este levante.

—Es hermosa la mina —dije—, y Rolando les salvó la vida a todos los muertos de la bóveda; es decir, los salvó del incendio. Y encima le sacamos cien mangos.

—Ah, viene de vividor la cosa.

Rolando se puso como loco.

—¡No voy a permitir que ensucien esta relación con injurias! —dijo, aleteando a todo vapor.

—Entonces dejate de inventar pavadas —le retrucó el Uruguayo, y se dio media vuelta para ver si estaba todo en orden entre la clientela.

—No, Uruguayo, si hasta le dio un beso y todo.

—La voz de la verdad habla a través de los labios del muchacho —dijo mi maestro—. Pero me veo en la obligación de aclarar que los besos fueron dos: uno en cada mejilla; y el segundo, por cierto, muy cerca de los labios.

Ni bien terminó de decir esto vimos a la muchacha en la puerta. Rolando se puso de pie y el Uruguayo y yo nos quedamos helados. Ella asomaba la cabeza y cogoteaba como buscando ánimo para entrar. Ninguno de nosotros lo podía creer, me pareció que ni siquiera Rolando. Al ver a mi amigo la muchacha levantó la mano, se metió en el bar y caminó hacia nosotros.

—Romualdo —dijo, segura y sonriente.

La cara que puso Rolando hubiera confundido al mejor cazador de la perrera municipal.

—Cómo le va, señorita —dijo, tratando de disimular su fastidio.

—Qué suerte que lo encontré, usted no sabe lo preocupada que me quedo cada vez que dejo al abuelo. Estoy muy contenta con su trabajo, Romualdo, usted es una persona maravillosa.

—Mi papá se llama Rolando —intervine y tuve que esquivar la mirada del Uruguayo que casi escupe la ginebra que tenía en el buche.

—Ah, perdone usted, ¡Rolando! —dijo la muchacha, golpeándose la frente en señal de penitencia. Se puso colorada.

—No tiene importancia —dijo Rolando.

El Uruguayo disfrutaba de la situación. Estaba parado cerca de nosotros, pasándole el trapo a una mesa. Cuando vio el momento oportuno se acercó.

—¿Se van a servir algo? —dijo con cara de serio.

Sobre el final de sus palabras se escuchó un eructo como la explosión de una garrafa. La muchacha se sobresaltó.

—Yo no, gracias, me tengo que ir enseguida —dijo.

Mi amigo insistió.

—Pero ¿no tiene un minuto para un café, o para un refresco?

—Bueno, pero el motivo era traerle el juego de llaves nuevas. Desconfío del cuidador, se dice que hace copias y después, usted sabe, hay cosas de mucho valor afectivo allí y no me gustaría que entraran sin permiso.

—Comprendo —dijo Rolando.

—¿El señor va a tomar algo? —preguntó el Uruguayo.

—Lo mismo que la dama —contestó mi amigo con cara de mandarlo a la mierda.

La muchacha pidió licuado de banana con leche y el Uruguayo

Pablo Ramos

ni siquiera volvió a preguntar, se fue y al rato cayó con dos vasos y una jarrita de plástico color verde. Era una broma atroz y despiadada. No más mojaba los labios en el licuado la cara de Rolando pasaba de la de bulldog a la de dulce caballero y de la de dulce caballero a la de enfermo del hígado que está a punto de vomitar. Y así sucesivamente. Casi no tocaba el licuado con los labios. Daba sorbos tan pequeños que cualquiera se hubiera angustiado solamente de verlo. Decidí hacer algo.

—Papá —le dije—, ¿no me das tu licuado?

Cuando Rolando iba a decir que sí la muchacha dijo que de ninguna manera y me dio el suyo. La cara de mi amigo se convirtió en la imagen de la desesperación y justo en ese momento, cuando nadie sabía qué decir, entró un hombre alto y muy bien vestido. Ella sonrió, y cuando el hombre estuvo cerca se levantó y lo besó en la boca.

—Éste es Juan Carlos: mi novio —dijo.

Rolando pareció desmoronarse. Ni siquiera aleteó, sólo dejó el licuado sobre la mesa y extendió la mano débilmente. El hombre lo saludó y la muchacha le dio un beso en la mejilla a Rolando.

—Nos vemos en quince días —dijo ella, dejó cinco pesos sobre la mesa y salió del bar junto a su novio.

Todos nos quedamos en silencio. Noté que a mi maestro le brillaban los ojos. Corrí el licuado hasta ponerlo frente a mí. Lo hizo con tanto esfuerzo que parecía que iba a ser el último acto de su vida. Entonces el Uruguayo se le acercó por atrás, le arrimó la boca a la oreja y le dijo:

—¿Ahora sí vas a empezar con el escabio, Romualdo?

Caminamos las dos cuadras y nos metimos en el cementerio. Rolando tenía una expresión tan triste como nunca le había visto. Caminaba tan rápido que apenas lo podía seguir. Yo no podía creer que realmente se hubiera ilusionado con aquella mina.

—Un tipo que duerme en el cementerio es un loco hijo de puta —me dijo.

—Qué decís, Rolando —le contesté agitado.

—Lo que oís. Y el amigo de un tipo que duerme en el cementerio corre grandes riesgos de fracasar en la vida —se detuvo bajo la sombra de un sauce—. Además tengo cirrosis y eso es contagioso.

—Escuchame, ¿por una mina?, ¿te volviste loco?

—Lo que pasa es que no quiero verte por un tiempo, y esto va en serio.

—Hace un rato dijiste que yo era tu mejor amigo. ¿Ahora qué te pasa?

—Lo que yo digo no son más que pavadas —me contestó casi gritando.

—Escuchame una cosa, mañana es el cumpleaños de mi vieja y vos me venís con toda esta historia —le dije, y apenas pude terminar la frase; sentía que en cualquier momento me iba a largar a llorar.

Rolando sacó veinte pesos y me los dio.

—Tomá, iba a ser una sorpresa. Y no creas que es un regalo: te lo ganaste laburando.

Volvió a ponerse en marcha y yo a seguirlo. Le hablaba, trataba de darle ánimo de todas las maneras que se me ocurrían, pero él ni siquiera me contestaba. Me di cuenta de que íbamos derecho a la

Pablo Ramos

bóveda de los Cornetti y, aunque tendría que haberme parecido normal, me asusté un poco.

—¿Y se puede saber adónde vas ahora? —le pregunté.

—A mi casa.

—¿Y se puede saber qué vas a hacer ahí a esta hora?

—A emborracharme —me dijo—, y no hables como lo hago yo, me pone frenético.

Nos detuvimos frente a las puertas de mármol y Rolando abrió los candados.

—¿Y lo que me ibas a mostrar si tenía pasta?

—Ya no te lo voy a mostrar.

—¿Pero somos o no somos amigos?

—Somos buenos amigos —me contestó, y pensé que se iba a calmar de esta locura—; pero no te voy a mostrar nada porque todavía no sé si tenés pasta.

—A mí ya no me asusta el cementerio.

—No se trata de asustarse —dijo Rolando, y el aleteo, aunque me-
nos dinámico que otras veces, me llenó de esperanza.

—¿Y de qué se trata? ¡Exijo saber de qué se trata! —dije en un
tono propio de mi maestro.

Rolando me miró por unos segundos.

—Bueno, vamos a ver y listo —dijo por fin.

Se metió en la bóveda y yo detrás de él. Entornó la puerta y encendió la luz. Corrió un portacajones y pude ver una puerta trampa que hasta ese momento había permanecido oculta. Ya estaba tenso cuando Rolando se arrodilló, corrió un cerrojo y la dejó caer hacia abajo guiándola con una soga. Metió la mano y encendió

una luz celeste. Pude ver una escalera iluminada por el celeste pálido de la luz. Yo trataba de disimularlo pero me había puesto muy nervioso.

—Éste es un sótano que alguna vez fue secreto —me dijo.

Bajó y me llamó. Su voz retumbó en las paredes subterráneas y salió al mismo tiempo que los ecos, provocando un efecto aterrador. Tardé unos segundos pero al fin me animé y me metí en el sótano.

La escalera estaba hecha de barrotes de hierro amurados a la pared y casi me rompo el alma por bajar de frente. El cuartito era estrecho y el techo estaba bastante bajo. Había un solo cajón, en el centro del cuartito, colocado sobre un pie metálico que daba la impresión de ser muy antiguo. La luz celeste embellecía las paredes y los adornos colocados en repisas de mármol al lado de la escalera, pero transmitía una sensación de paz mortuoria que ponía los pelos de punta.

—La luz celeste es la que menos daño le hace —me dijo Rolando.

—¿La que menos daño le hace a qué?

—Ya vas a ver.

Destabó la tapa del cajón, la quitó y la puso sobre el piso. Pude ver una cortina blanca sobre el vidrio que debía cubrir al cadáver. Rolando sacó una botella de medio litro de adentro del bolsillo y me dijo que tomara un trago. Tomé un buen trago y enseguida sentí el mareo aliviador.

—¿Estás dispuesto a ver a quién ha vencido el tiempo? —me preguntó solemne mi maestro.

—Sí, acepto —dije, como si estuviera a punto de casarme con la más gorda del barrio.

Pablo Ramos

Corrió la cortina y el corazón me dejó de latir. Ahí, como una princesa muerta dentro de una caja de cristal, estaba Andrea C.

—Una belleza, ¿no? —dijo mi amigo, y se mandó un traguito corto.

Yo no podía responderle, tenía la panza dura como una roca y apenas podía respirar. Lo último que le escuché decir a Rolando fue que si quería podía acercarme. Pegué media vuelta y vomité. De golpe me encontré tratando de trepar la escalera. Estaba tan aturrido que había llegado a la mitad cuando resbalé y me vine abajo tirando un montón de adornos de cerámica que estaban en una repisa. Lo que pasaba, en realidad, era que yo intentaba subir sin dejar de mirar hacia el cajón, hacia el pelo largo y rubio de la muerta, o sea, de Andrea C., o sea, Cornetti, que había muerto hacía tanto tiempo y cuya alma estaba ahora en el almanaque del taller de papá, montada sobre el gigantesco rulemán que se me revelaba ahora como un purgatorio, como un castigo a la no descomposición de su cuerpo.

Hice varios intentos por trepar mientras Rolando se esforzaba por ponerle la tapa al cajón. Una vez arriba me di cuenta de que estaba temblando. No podía parar de llorar y mi voz retumbaba por toda la bóveda.

Alguien forcejeaba la puerta desde afuera y gritaba que le abriesen. La puerta no estaba cerrada; había quedado trabada detrás del portacajones que Rolando y yo habíamos corrido. El portacajones se inclinó y cayó de manera tan violenta que el féretro que estaba arriba se astilló en varios lugares y quedó de costado y entreabierto. Un hombre vestido con traje oscuro entró y me agarró del cuello.

—Qué estás haciendo acá —me gritó bien cerca de la cara—. ¡Delincuente! ¡Saqueador de tumbas! ¡Judío saqueador!

Yo no podía contestarle porque no me salía la voz y porque él me estaba ahorcando. El hombre vio salir a mi maestro del pozo y le gritó un montón de insultos.

—¡Suelte al joven, Cornetti! —gritó Rolando.

—Los dos están en problemas —dijo el hombre, señalando el cajón roto en el piso—; usted, Rolando, se va a la cárcel y este hijo de puta al reformatorio.

De uno de los estantecitos de mármol alcancé a manotear algo pesado, del tamaño de la palma de mi mano, y se lo di al tipo bien fuerte en la cabeza. Tan fuerte que cayó de culo al piso y se quedó medio aturdido.

—Corré —me dijo Rolando—, corré que yo me las arreglo.

Yo corrí sin parar hasta el monobloque de los nichos. Subí al primer piso, solté la cadena y abrí la puerta de chapa. Salí al balconcito, trepé al gomero y, de un salto, me escapé por el lado de la villa.

La mañana del cumpleaños la pasé en casa. Mamá no había vuelto a tener ninguna falsa alarma y, aunque estaba a punto de explotar, el carozo se negaba a salir del durazno.

Cerca del mediodía me fui hasta la feria de las pulgas y le compré los aros y el colgante. Pasé por el bar del Uruguayo donde todos estaban al tanto del quilombo. A Rolando lo habían guardado en lo de Fugaza hasta que las cosas se calmaran un poco. Los muchachos del bar le habían llevado comida y un paquete entero de cigarrillos con filtro. Les dije que eran muy buenos amigos y el Uruguayo me aseguró que no iba a pasar nada pero que había que aguantar un par de semanas y que después a Rolando iban a tener que cambiarlo de cementerio. También me dijo que la cana había

Pablo Ramos

hablado de un pibe y que era mejor que yo me quedase unos días en casa.

—Nosotros después le decimos que viniste, Gavilán —me tranquilizó el Uruguayo.

Volví a casa y me metí en la pieza a envolver el regalo. Pensé en Andrea C. y me di cuenta de que ya nunca iba a ser lo mismo. Su imagen era ahora la de una muerta. Tanteé en mi bolsillo la sorpresa adicional que tenía para mamá y sonreí: era algo que ni siquiera Alejandro podía soñar con tener.

Comimos en familia y llegó la hora de los regalos. La abuela se apareció con la plantita de mierda y su cara de culo tiernizada por la fecha.

—Denle un beso también a la abuela —nos dijo papá, y aunque no era su cumpleaños tuvimos que hacerlo.

Papá sacó su regalo y se lo dio a mamá en nombre de todos. Era un vestido muy lindo y sin lugar para el enorme durazno. Lo siguió Alejandro. Era una carterita con pinturas y todas esas cosas que se ponen las mujeres en la cara. Mamá le dio un beso grande en la mejilla y mi hermano me miró sobrador. Entonces fui hasta la pieza, saqué mi regalo del escondite, salí y se lo di a mamá frente al asombro de todos. Ella lo abrió entusiasmada y puso la sonrisa más linda que yo le había visto jamás. Suspiró y me dijo que nunca en su vida había recibido un regalo tan hermoso. Se puso los aros y el colgante y me dio un beso tan grande que el calor me duró por un rato.

—Andá a saber de dónde sacó la plata —dijo la abuela.

—Después lo vamos a hablar —dijo papá, y mamá se enojó y me defendió con palabras hermosas.

Terminamos de comer. Junto con el café había llegado el momento de soplar las velitas. Como tenía la sorpresa adicional le dije a la abuela que me dejara traer la torta. No hice caso a los comentarios de Alejandro y fui hasta la heladera. No podían verme desde el comedor, así que apoyé la torta en la mesada y saqué del bolsillo el adorno con el que le había pegado al tipo en la cabeza. Era un corazón de bronce fundido, lindísimo, que decía con letras hechas en relieve: «Te queremos por siempre, ¡mamá!» cruzado por dos laureles que se unían en la parte superior y con un arpa pequeña grabada en el fondo. Pensé que ese detalle le iba a gustar mucho a mamá, porque ella amaba la música. Miré el corazón una vez más y lo hundí en la crema blanca.

Dejé la torta en el centro de la mesa y todos sonrieron por un instante. Después se fueron poniendo serios, como si algo muy malo estuviera pasando. Mamá me miró con cara de susto y comenzó a llorar desconsoladamente. Papá me preguntó qué clase de broma era ésa y la abuela aprovechó la ocasión y me dio una cachetada. Entonces todo fue un caos: mamá resoplaba y resoplaba, como si se estuviera muriendo. Gritaba: «Se viene, Jesús, esta vez se viene, San Ramón no nato no me abandones en este fato». Y todas las cosas que gritaba siempre mamá. La abuela también gritaba y resoplaba con mamá, y papá tomaba el tiempo de los resoplidos en su reloj de pulsera. Se la pasaron así un buen rato, hasta que todos, incluso Alejandro, salieron para llevarla al hospital.

Pablo Ramos

Me quedé solo y aproveché para tomarme unos traguitos de vino y comerme un buen pedazo de torta alrededor del corazón de bronce. Quién podía, en definitiva, entender a las personas. Tomé un trago más de vino y habrá sido eso lo que me tumbó porque me quedé dormido en la mesa. Me desperté, y a la hora, más o menos, volvieron Alejandro y la abuela. No dijeron nada, pero supe, no bien los vi entrar, que el nuevo ser al fin estaba entre nosotros.

El incendio del arroyo

Nuestro barrio se llama El Viaducto porque lo atraviesa un viaducto. Nace en la parte sur de Avellaneda, donde el terraplén del ferrocarril Roca se eleva separándolo de las torres del barrio Güemes. Y muere bien abajo: contra el arroyo Sarandí, que tiene de nuestro lado muchísimas curtiembres en su mayoría abandonadas, y del otro lado los primeros ranchos de la enorme villa Mariel. Al este, termina en la avenida Mitre, donde empezaban los baldíos y salía el camino hacia la costa; y al oeste, en la avenida Agüero, donde el largo paredón del cementerio nos separa de la villa miseria más peligrosa de todas: la Corina.

A nosotros nos llamaban los Pibes y parábamos en la esquina de Magán y Rivadavia: el centro exacto del barrio. En aquella esquina estaba la casa de Armando, un viejo que todas las tardes se ponía a tocar el bandoneón, oculto en la penumbra de su garaje y con el portón apenas abierto para que la música pudiera oírse desde la calle. El sonido del bandoneón de Armando y la sombra de los álamos gigantes de su vereda hacían de esa esquina el lugar perfecto para pasar las tardes. La panadería, el cuartel de bomberos, la carpintería de Rubén y la fábrica de matafuegos Celis también estaban en Magán y Rivadavia, una frente a la otra ocupando las ochavas restantes. El bar del Uruguayo quedaba pasando el cementerio, y el club social y deportivo Brisas del Plata a la vuelta del bar. La cancha del Arse —nuestro cuadro— estaba en las afueras del barrio, cerca del arroyo pero camino a la costa, don-